



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ESCRITORES

TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ



Lit. de Brabo, Desaguio, 14 y Carbon, 7, Madrid.

Ha escrito buenas comedias
y le ha aplaudido la gente,
adquirió fama, y ya vive
descansando en sus laureles

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—A Sobaquillo, por Ricardo de la Vega.—En vísperas de examen, por M. Ossorio y Bernard.—El silfo, por José Estremera.—Naturalismo crudo, por Constantino Gil.—Del natural, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Tomás Rodríguez Rubí, por Cilla.—Una dolora de Campoamor, por *Alecachis*.—La Arcadia en el Retiro, por Cilla.



No se ha cerrado todavía la era de los banquetes á los novelistas.

Después del de Galdós vino el de Pereda; ahora le ha llegado el turno á Emilia Pardo Bazán, cuyos pies beso.

Al banquete celebrado el jueves en el Inglés han asistido algunas eminencias literarias y muchos admiradores de la ilustre escritora, personas todas que disfrutaban una desahogada posición.

MADRID CÓMICO, que aplaude el mérito extraordinario de la autora de *Un viaje de novios* y *El cisne de Vilamorta*, no ha asistido al acto, por razones que se reserva, pero que adivinarán fácilmente nuestros estimados lectores. La confesión nos ruborizaría, porque á nadie le gusta hacer cierto género de declaraciones.

Nosotros sólo podemos entusiasmarnos á precios módicos, porque la literatura cómica no nos proporciona lo necesario para festejar á nuestros grandes hombres; y en cuanto excede la cuota de un par de duros, ya tenemos que ahogar los latidos de nuestro corazón, y aplaudir desde lejos.

No por eso es menos sincera la admiración; pero nos admiramos sin beber champagne, facultad sólo otorgada á los que, además de tener entusiasmo, tienen dinero.

* * *

El *Corpus* ha dejado recuerdos dulcísimos en la mente de algunos jóvenes. Bajo el toldo de la calle de Carretas, sostenido por los tradicionales *espárragos*, que parecen suegras gigantescas dispuestas á precipitarse sobre sus yernos, se han desarrollado muchas pasiones amorosas.

Las de Cebolleta estrenaron vestidos de satén, color salmón sospechoso, con puntillas crema y capotas de tal, con galón dorado. Almorzaron tempranito, para poder asistir á la función religiosa, y llegaron á la calle de Carretas cuando el sol derramaba sus dones con mano pródiga sobre la tierra. Allí estaban los seductores más acreditados de Madrid y cada Cebolleta obtuvo, desde luego, el seductor correspondiente.

Ellas son tres, todas de un mismo tamaño, pelirrojas, alegres, con las naricitas en forma de apagador y los ojos salientes como los de los grillos; pero esta no es una razón para que dejen de ser amadas con harta frecuencia.

La mayor ha tenido ya docena y media de novios, entre los cuales figuraba un joven de Fernando Póo que quiso llevarla al altar, pero el Sr. Cebolleta supo que los pajes del pretendiente habían sido indios bravos y que el chico había pasado su niñez en las ramas de un cocotero, en clase de mono, y por no exponerse á la degeneración de la raza, despidió al pretendiente de mala manera.

La chica entonces se puso en relaciones con un filipino, color de chocolate, que se barnizaba el cutis como si fuera una cómoda, y con él se hubiera casado, á no ser por el Sr. Cebolleta, que averiguó que el filipino no tenía nada absolutamente.

En el momento de presentar á VV. á esta apreciable familia, el padre ha notado que sus tiernas hijas son objeto de las miradas de tres jóvenes bien parecidos que se apoyan descuidados en los tableros del café de Pombo.

Cada vez que la familia Cebolleta pasa por delante del café, ellos lanzan miradas ardientes y suspiran. Después comienza la persecución amorosa desde la calle de Carretas á la de ¡Válgame Dios! donde residen aquellas tres Cebolletas, y el papá, siempre alarmado, observa con el rabillo del ojo á los seductores y dice á las niñas en voz baja:

—Discreción, hijas. La mujer es como el cristal, que se empaña con el aliento.

Porque el Sr. Cebolleta, que es viudo desde su más tierna edad, cifra todas sus esperanzas en despachar á las niñas con el mayor decoro posible.

Es hombre pundonoroso y buscavidas, que lo mismo establece un servicio de agua templada á domicilio, como funda una agencia para colocar aguadores desacomodados; pero sin que abandone por eso el porvenir de sus hijas; y cada vez que les sale un novio, Cebolleta revuelve el mundo entero en averiguación de los antecedentes del interesado.

En cierta ocasión, su hija, la mediana, fué requerida de amores por un chico de Daimiel llamado Manolo, y allá se marchó Cebolleta á adquirir informes.

Veinticuatro horas después la muchacha recibía el siguiente telegrama del autor de sus días:

«Manolo resultó presbítero. Devuélvele cartas, pelo. Yo reventaréle sin reparar ministerio. Ahoga latidos corazón.—Bernardo.»

De esta vez la cosa parece que va de veras; pues desde el día del *Corpus* los tres pretendientes, nacidos en la calle de Carretas, se han ido á residir á la acera de la calle de ¡Válgame Dios! y allí suspiran esperando la contestación de sus amadas.

Ellas, entretanto, confían en que las averiguaciones paternales les autoricen á amar con toda confianza.

Cebolleta, valiéndose de los carteros, ha averiguado ya la residencia de los jóvenes. Los tres viven en una casa de huéspedes de á diez reales con principio.

Este es un dato que supone desde luego cierto desahogo en la posición social de los jóvenes pretendientes.

* * *

Vuelve á agitarse la langosta, y con este motivo están para llegar las comisiones de todos los años, que conferencian con el Gobierno, con los mozos de café, con la Sociedad de Agricultura, con el sereno, con los Directores generales, y con las patronas, para regresar, por último, á su país, tan aburridos como habían llegado.

El Gobierno, en cambio, se sacrifica en bien del país, y nombra comisario regio á un inteligente en bichos, con una porción de miles de reales al mes, para que vaya al sitio de la catástrofe y emita su autorizada opinión acerca de las costumbres, antecedentes y carácter del animalito.

Dos años después, el comisario presenta una razonada Memoria, en la cual declara, á vuelta de importantísimas reflexiones, que la langosta es un crustáceo, según tiene entendido, y que con salsa mayonesa resulta un manjar apetitoso, aunque de difícil digestión.

Y así es como se viene en conocimiento de que este país es víctima de dos plagas, de la langosta y los comisarios regios.

* * *

Aparte los conciertos vespertinos, que se verifican de cuando en cuando con objetos más ó menos benéficos, no hay espectáculos ni puntos de reunión apropósito para nuestra aristocracia, desde que se cerraron los Coliseos de la Opera y de la Comedia.

Así es, que andan por ahí los títulos del reino como palominos atontados. Las damas, por su parte, se entregan á las labores propias de su sexo, es decir, conferencian con la modista.

Es lo que dice un gomoso, conocido mío, que escribe algo, aunque imperfectamente:

—Esta es la época más cursi del año: la época del sorbete al alcance de todas las fortunas. La horchata de chufas ha venido á empequeñecer la misión de los refrescos...

Hoy todo el mundo puede refrescar, y esto conduce á la confusión de las clases.

Creo inútil añadir que este gomoso es un majadero.

LUIS TABOADA.

Á SOBAQUILLO

Amigo Sobaquillo: te conozco:

Mariano te pusieron en la pila
y heredaste de Cavia el apellido.

¿Por qué así no te firmas? ¿No es más noble
usar el nombre honrado de tu padre
que el pseudónimo bajo y sudoroso
que al pie de tus escritos aparece?

Tus versos y tu prosa me deleitan,
ora me hablen de *queiebro* y *recortes*,
ora de la política en que vives,
y de la cual te apartarás andando
el tiempo; que no en vano, Cavia amigo,
el Señor te dotó de inteligencia,

hoy ofuscada por brillantes nubes
de falsa libertad: palabra hermosa
con que juegan hipócritas algunos,
que asidos de su noble vestidura
suben con ella al codiciado puesto,
para arrojarla desde allí al abismo
donde sucumbe triste y olvidada.
Y así, para que veas cuán injusto
eres conmigo al suponerme ajeno
á todo lo que es *Libre*, te dirijo
mi epístola hilvanada en verso *libre*.

¡Oh, si pudiera parecerse en algo
á las de aquel *Inarco*, cuya pluma
bienhechora trazó la nueva senda
al escritor y derrotó al pedantel!

Cinco lustros te doy: á seis no llegan:
no es que yo te los doy, que no me ocurre
hacer tales regalos, ni presumo
que haya quien de buen grado los acepte.

Quiero decir que tú semblante acusa
esa edad, poco más ó poco menos.
Tienes ilustración, ingenio y gracia;
pues si estos dones te otorgó la próspera
naturaleza, di, ¿por qué emplearlos
en revistas taurómacas que sólo
efímeros aplausos pueden darte?
Orden, justicia, libertad, derechos,
pides para tu patria: ¿y quién, Mariano,
no pedirá lo mismo? ¿Quién que sienta
por sus venas correr sangre española,
no anhela para su honrado pueblo
días en gloria y bienestar fecundos?
Pues si esto es cierto, entonces, ¿por qué halagas
de ese pueblo las bárbaras pasiones
taurinas que le ciegan y envilecen?
*«Es una fiesta nacional que imprime
carácter á la patria de Rui Diaz,»*
me dirás en descargo de tu culpa.

No de otra suerte en el romano Imperio
fieras y gladiadores deleitaban
á las turbas hambrientas, que tendidas
como paciente grey en los escaños
del palacio del Cónsul aguardaban
los desperdicios de opulenta mesa.

Aquí las turbas vuelan afanosas
al redondel taurómico, gastando
el honrado jornal de la familia,
ó cambiando el mantón en que la madre
envuelve al inocente pequeñuelo,
por un puñado de monedas, fruto
de un tráfico usurario y vergonzoso.

¿Y es esto defendible? Pon la mano
sobre tu corazón, y di conmigo
si es delito alentar al pueblo inculto
con sátiras y versos chispeantes
que le sazonan el manjar sabroso
manteniendo su bárbaro apetito.

Moja tu pluma en aguas de Hipocrene:
no en sangre de la res embravecida
ó de noble corcel, ó acaso acaso
en la del hombre que resiste el choque
de la fiera, y escucha el estridente
rugir del populacho que le insulta,
le escarnea, le humilla y le rebaja.
No quieras ver la dignidad del hombre
revuelta con el polvo ensangrentado
en la lidia feroz que aplaudes ciego.
Desoye el clamoreo furibundo

de los que gritan ebrios: *«¡A la cárcel!»*
¡y hablan de *libertad* y garantías!

El ilustre Zorrilla (y voy con esto
á terminar mi epístola enojosa)
piensa en la ancianidad de muy distinto
modo que allá en sus años juveniles.
Quizá entonces sería más poeta:
hoy es más pensador y más humano.

*«Bien podrán ser costumbres nacionales:
pero costumbres son que nos amenguan,»*
dice, y tiene razón. Sí, Cavia amigo.

Si Moratín y Calderón y Lope
vivieran hoy, la pluma arrojarían
con que pintaron las taurinas lides;
Zorrilla ha progresado. ¿Tú te jactas
de amante del progreso? Pues condena
la brutal diversión, y aplaude al vate
en el sereno ocaso de su historia.

RICARDO DE LA VEGA.

EN VÍSPERAS DE EXAMEN

Hace siete días terminó el mes de mayo, y con él, en buena ó mala hora para los estudiantes, el curso académico de 1884-85.

Si el calendario no nos lo dijera, ni lo indicara tampoco el calor que en estos días se deja sentir más de lo justo, diríanlo elocuentemente los estudiantes que tratan de recuperar el tiempo perdido.

—¿Cuál es el autor de tal asignatura?—preguntaba hoy un estudiante á otro.

—¿El autor?... Pues la verdad es que se me ha olvidado... y eso que asistí á clase el primer día del curso.

*
**

—Esta noche—dice otro—te espero en casa para que estudiemos.

—Así lo haré; pero me parece prudente, puesto que las noches son largas, que asistamos antes á la función del teatro Felipe.

—Perfectamente; pero entonces ¿cuándo jugaremos nuestra partida de carambolas?

—Pues todo tiene remedio; á la salida del teatro nos iremos al billar y desde allí á estudiar.

—Sí, que el tiempo apremia y es preciso utilizarle.

*
**

Por las sombrías alamedas del Retiro, sentados en los bancos ó paseando lentamente, se ven numerosos estudiantes con un libro en la mano.

Sin duda les ha despedido de sus casas el ruido de sus compañeros ó la falta de aseo de la patrona.

En ocasiones, el libro es un pretexto; pues hay estudiante de farmacia, que en vez de haber cogido el tratado de QUÍMICA GENERAL, se ha llevado EL DIABLO MUNDO de Espronceda ó las RIMAS de Bécquer.

En un banco ronca beatíficamente otro estudiante, mientras el libro que tiene en la mano dice en uno de sus epígrafes: PROPIEDADES DEL OPIO.

Más allá otro estudiante, con el libro cerrado debajo del brazo, conversa alegremente con unas modistas, á quienes ha prescrito la ciencia que beban agua de la fuente de la Salud. Ha dejado á Minerva por Venus. ¡Esculapio se lo perdona!

En las Bibliotecas públicas estudian trabajosamente los que vendieron los libros de su propiedad al comenzar el curso; en los puestos de los libreros se hacen tratos rarísimos y presntamos y permutas inverosímiles, y numerosos quinqués de petróleo ó velas de esperma alumbran en las casas el sueño de los estudiantes, que no han podido resistir dos capítulos de la HISTORIA DEL DERECHO ROMANO ó del ALGEBRA SUPERIOR de que deben examinarse.

En estos días la ansiedad se apodera de los estudiantes, y hay quien piensa con temor que un curso perdido podría ser la puerta que se le cerrara para todas las distracciones de Madrid.

*
**

Con la entrada de junio y la celebración de los exámenes, la situación de los estudiantes se habrá fijado y se escribirán simultáneamente infinitas cartas por el siguiente formulario, de moda invariable:

«Querido padre: No puedo examinarme, porque tengo unos

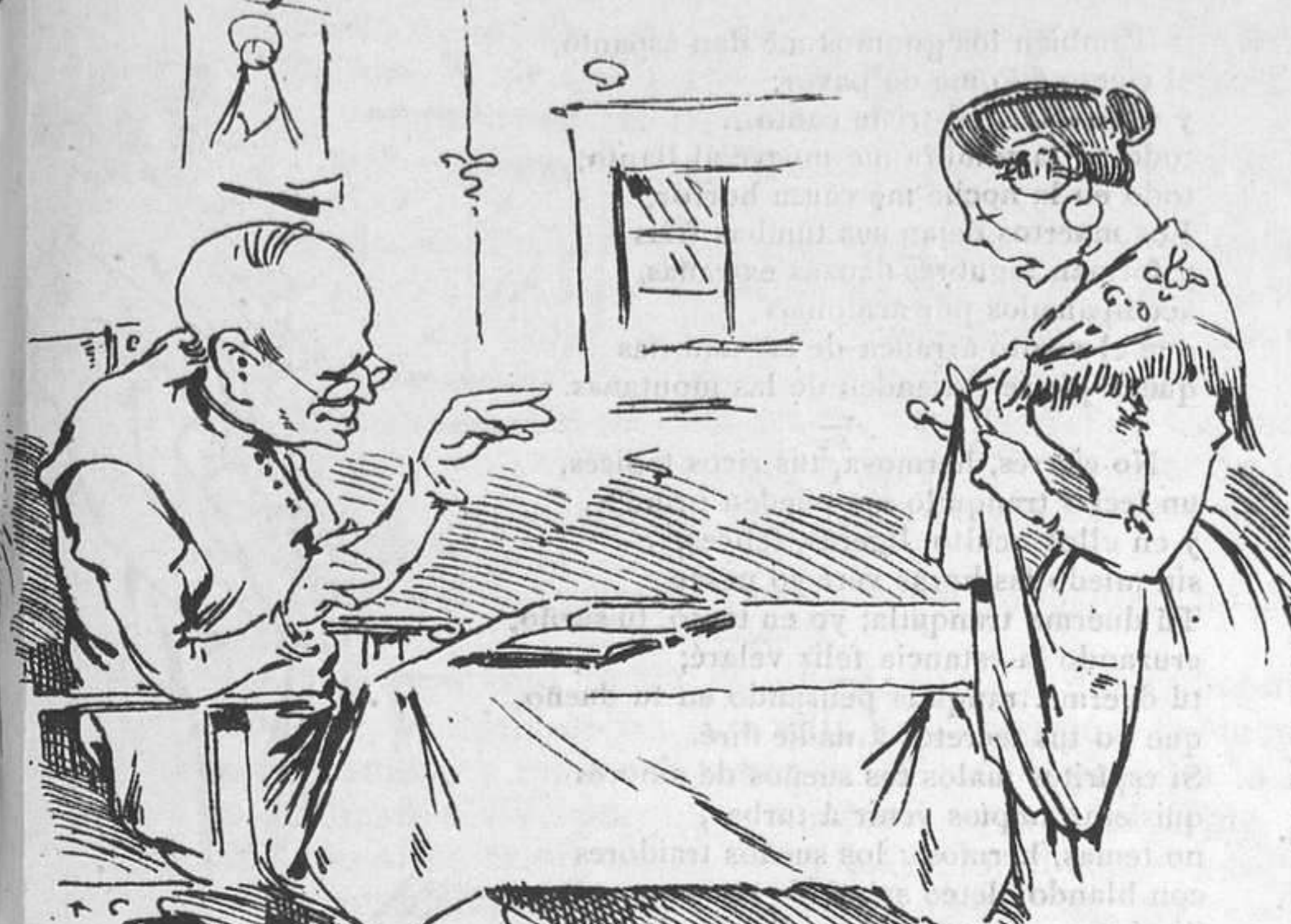
UNA DOLORA DE CAMPOAMOR



—Escribidme una carta, señor cura
—Ya sé para quién es



—Sabéis quién es, porque una noche oscura nos visteis juntos
—Pues!



—Perdonad, mas.
—No extraño ese tropiezo
La noche, la ocasión...



Dadme pluma y papel. Gracias.
—Empiezo:



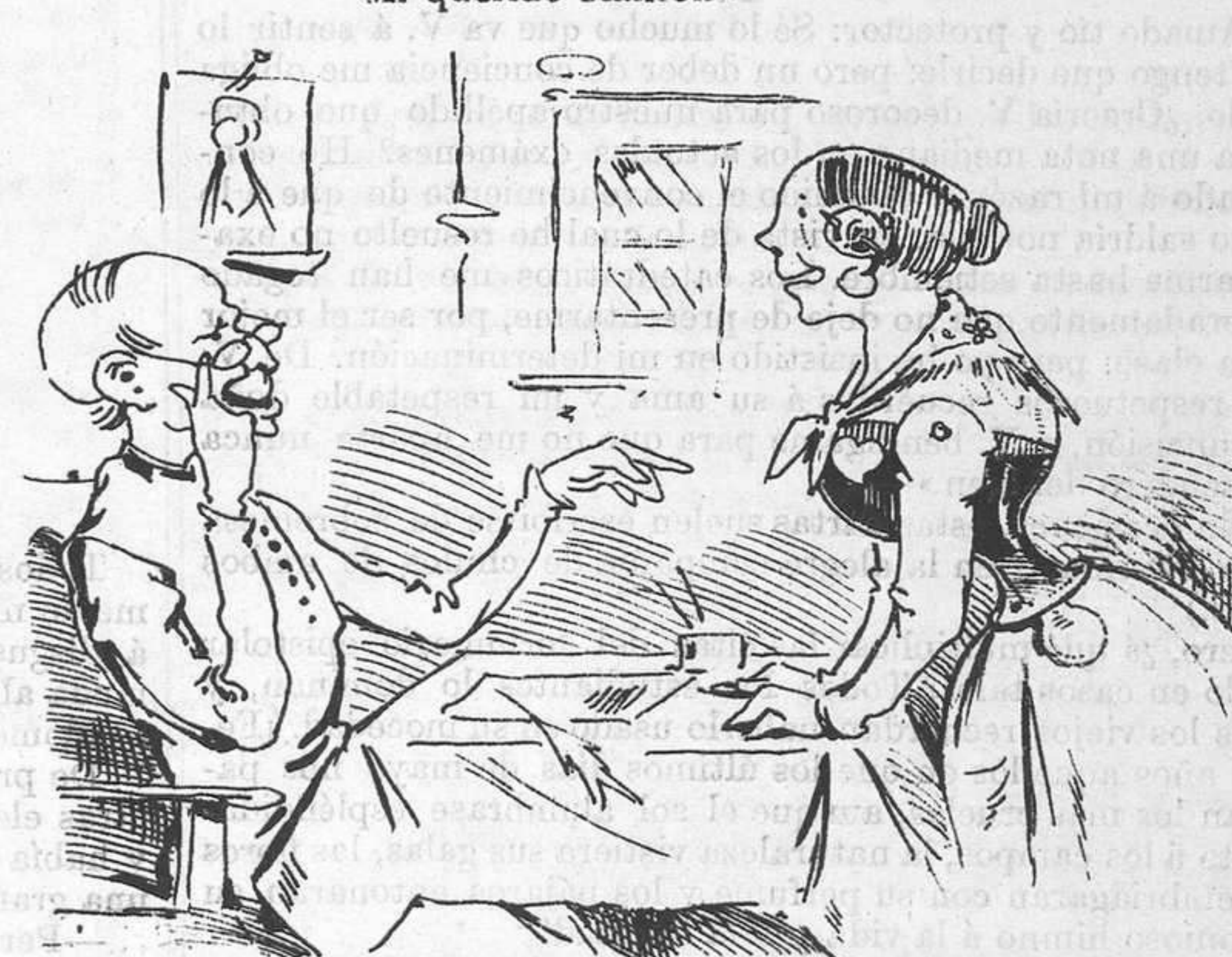
—Querido? Pero, en fin, ya lo habeis puesto.
—Si no queréis.
—Sí, sí!



—«¡Qué triste estoy!» ¿No es eso?
—Por supuesto.
—«¡Qué triste estoy sin ti!»



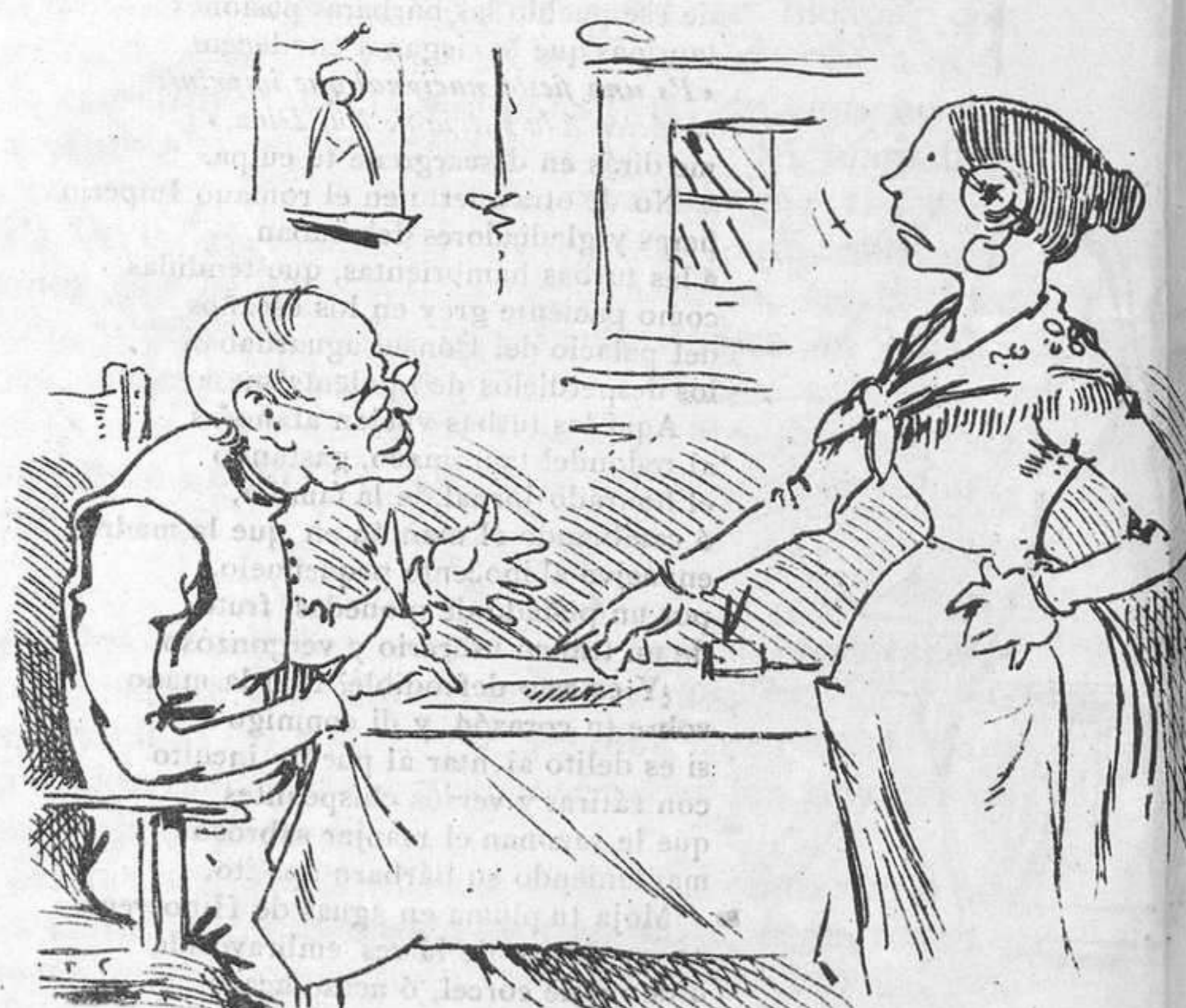
Una congoja al empezar me viene...
—¿Cómo, sabéis mi mal?



—Para un viejo una niña siempre tiene el pecho de cristal.



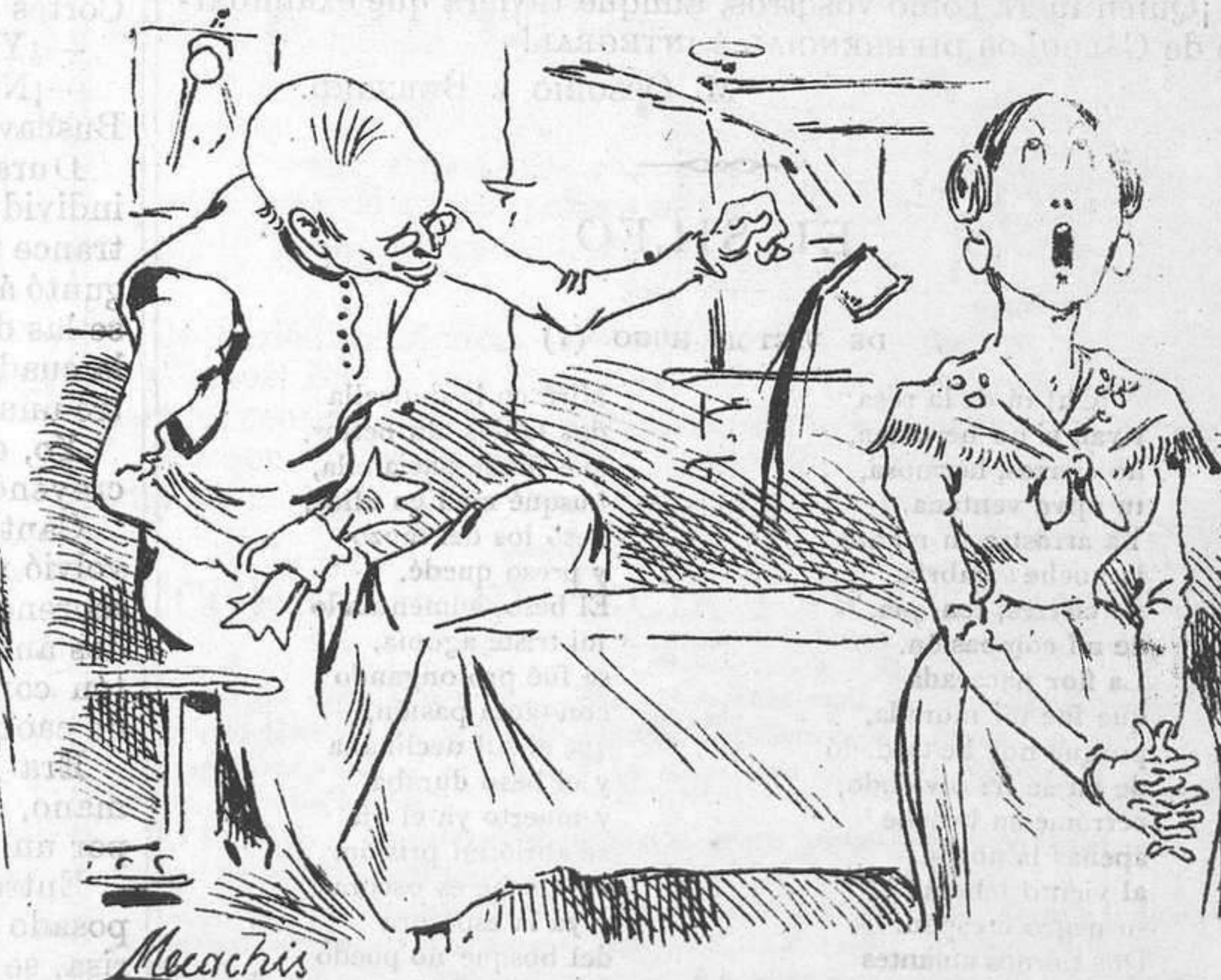
—«¿Qué es sin ti el mundo? ¡Un valle de amargura!
¿Y contigo? ¡Un edén!»
—¡Haced la letra clara, señor cura, que lo entienda eso bien!



—«Y si volver tu afecto no procura, tanto me harán sufrir...»
—«Sufrir y nada más? ¡No! señor cura, que me voy á morir.»



—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?
—Pues sí, señor. Morir.



—Yo no pongo morir.
—¿Qué hombre de hielo! ¿Quien supiera escribir!

Mecachis

dolores que no me dejan en paz. (Dolores—según malas lenguas,—es una vecina del sotabanco, con la que da el estudianto larguísimo paseos.) ¡Y precisamente este año en que tenía la seguridad de obtener buena nota! Los días últimos parecía mejorado; pero toda la noche última la he pasado con dolores, y me sería imposible acudir al examen, que es hoy mismo. De todas maneras me hubiera sido imposible abrazar á V. este verano, porque para poder graduarme, necesito justificar haber estado practicando en una farmacia.»

De otro hijo á otro padre:

«¿Se acuerda V., querido padre, de los sucesos de diciembre, en que figuré por haber ido á felicitar á los redactores de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*? Pues bien; los profesores se han vengado, obedientes acaso á las órdenes de la superioridad. Después de un examen brillantísimo, me han dejado suspenso: en cambio hay muchos sobrinos de Ministro, que sin saber una jota, han llevado sobresaliente. No se desaliente V. por eso, como no me desaliento yo: día llegará en que sea médico, y entonces ¡á la cabecera del enfermo aguardo á mis jueces actuales! Entretanto, ¡viva la libertad, por la que tanto ha padecido V. y empiezo á padecer yo! Se conoce que esto es achaque de familia.»

De otro estudiante:

«Amado tío y protector: Sé lo mucho que va V. á sentir lo que tengo que decirle; pero un deber de conciencia me obliga á ello. ¿Creería V. decoroso para nuestro apellido que obtuviera una nota mediana en los actuales exámenes? He consultado á mi razón y obtenido el convencimiento de que á lo sumo saldría notable, en vista de lo cual he resuelto no examinarme hasta setiembre. Los catedráticos me han rogado reiteradamente que no deje de presentarme, por ser el mejor de la clase; pero yo he insistido en mi determinación. Dé V. mis respetuosos recuerdos á su ama y mi respetable doña Circuncisión, y V. bendígame para que no me aparte nunca del sendero del bien.»

(En ocasiones, estas cartas suelen escribirse de sobremesa en la Taurina, y en la alegre compañía de chulos de ambos sexos.)

Pero, ¿á qué multiplicar las citas del formulario epistolar usado en casos tales? Todos los estudiantes lo dominan, y todos los viejos recuerdan haberlo usado en su mocedad. ¡Felices años aquellos en que los últimos días de mayo nos parecían los más crueles, aunque el sol alumbrase espléndidamente á los campos, la naturaleza vistiera sus galas, las flores nos embriagaran con su perfume y los pájaros entonaran su armonioso himno á la vida y á la libertad!

Hoy, agobiados no tanto por los años como por las contradicciones y las luchas de la existencia, no podemos mirar sin envidia á los que se preocupan por lo que ha de ocurrirles dentro de algunos días, ni dejar de exclamar:

¡Quién fuera como vosotros, aunque tuviera que examinarse de CÁLCULOS DIFERENCIAL É INTEGRAL!

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL SILFO

DE VÍCTOR HUGO (1)

¡Oh! tú de la rosa
rival, si no hermana,
no cierras, hermosa,
tu ojiva ventana.
Ya arrastra su manto
la noche sombría;
no cierras; ten, pía,
de mí compasión.
La flor nacarada
que fué mi morada,
porque hoy he tardado
de mí se ha olvidado;
cerróme su broche
apenas la noche
al viento tendía
su negro crespón.
Dos tiernos amantes
mi otero rondaban;
ser fieles, constantes
por siempre juraban;
yo entré ellos volando
alegre pasé.

Miré en la doncella
dos labios tan bellos,
que fuíme hacia ella,
busqué miel en ellos;
besó los del mozo
y preso quedé.
El beso, aumentando
mi triste agonía,
se fué prolongando
con tanta pasión,
que el sol declinaba
y el beso duraba,
y muerto ya el día
se abrió mi prisión.
La noche es oscura
y ya la espesura
del bosque no puedo
tranquilo cruzar;
que allí, las espinas
que ocultan sus galas,
mis débiles alas
pudieran rasgar.

(1) Traducción lil.re.

También los gnomos me dan espanto;
el cierzo frío me da pavor;
y de las aves el triste canto...
todo en la sombra me mueve al llanto,
todo en la noche me causa horror.
Los muertos dejan sus tumbas frías
y forman lúgubres danzas extrañas,
acompañados por armonías
que el viento arranca de las umbrías
que al pie se extienden de las montañas.

No cierras, hermosa, tus ricos tapices,
un lecho tranquilo me pueden brindar,
y en ellos oculto, ligeras, felices,
sin miedo las horas veré yo pasar.
Tú duermes tranquila; yo en tanto, tu sueño,
cruzando la estancia feliz velaré;
tú duermes tranquila pensando en tu dueño,
que yo tus secretos á nadie diré.
Si espíritus malos tus sueños de amores
quisieran impíos venir á turbar,
no temas, hermosa: los sueños traidores
con blando aleteo sabré yo ahuyentar.
Si tú no me escuchas, perdido en la noche,
la flor en que vivo jamás ya veré;
cuando abra á la aurora mañana su broche,
en ella el rocío libar no podré.
Si, airada, no quieres cumplir mi deseo,
será mi existencia constante sufrir;
mas eres piadosa, mi niña, y no creo
que triste y miedoso me dejes partir.
Mas no, si te canso, conmigo te enojés..
¿Entrar me permites? Los cielos te den
venturas sin cuento. Cual hoy tú me acoges,
acójante siempre los genios del bien.

JOSÉ ESTREMERÁ.

NATURALISMO CRUDO

(CONTINUACIÓN)

Todos se dolían de mi situación; cada cual proponía un remedio más ó menos heroico; pero mi familia, no atreviéndose á disgustar al doctor Poquitacosa, permaneció inmóvil y muda alrededor de mi lecho, en el cual yo continuaba revolcándome y pidiendo socorro.

De pronto, uno de los vecinos, el tío Buscavidas, que en otras elecciones se había atracado también más de lo regular, y había estado muy malo, exclamó dando al mismo tiempo una gran patada en el suelo:

—Pero, ¡qué demonios! ¿Por qué no vais á buscar á Cartagena el doctor Lejía?

—¿Quién es ese doctor?—preguntó uno de mis hermanos.

—¿Pus quién ha de ser?—respondió el vecino.—El que me curó el cólico que tuve cuando hicimos los diputaos de las Cortes Constituyentes.

—¿Y es buen médico?—preguntó mi hermano mayor.

—¡No hay indijastión que se le resista!—contestó el tío Buscavidas, con acento seguro.

Durante dos ó tres minutos permanecieron silenciosos los individuos de mi familia, que me acompañaban en aquél trance tan doloroso. De repente, mi hermano Antonio le preguntó á Buscavidas las señas de la casa del doctor Lejía; aquél se las dió, y mi hermano, rápido como el pensamiento, bajó á la cuadra, ensilló un caballo, montó en él, y desapareció entre una nube de polvo, camino de Cartagena.

Yo, entretanto, pedía confesión y me despedía de todos, creyendo que era llegada mi última hora.

Cantaban los gallos de Quitapellejos la media noche, cuando volvió mi hermano, acompañado de un caballero alto, flaco, moreno, con unos ojillos imperceptibles cubiertos por grandes antiparras, y llevando en la mano derecha un gran bastón con puño de oro, y en la siniestra una voluminosa caja de caoba, que depositó cuidadosamente sobre una silla.

Era el doctor Lejía que, cediendo á los ruegos de mi hermano, se había prestado á venir á verme, dejando olvidados, por un momento, sus enfermos de Cartagena.

Entró en la alcoba, donde yo me encontraba, con aire reposado y tranquilo; y después de saludar á todos con una sonrisa, se acercó á mí, me tomó el pulso, me observó durante medio minuto, y en seguida exclamó, con acento en el que se traslucía y dejaba ver la más completa confianza:

—¡Bah! Esto no es nada.

—¿Se curará?—dijeron á la vez todos mis hermanos, sintiendo renacer la esperanza en sus atribulados corazones.

—¿Me curaré?—exclamé yo, viendo que me volvía la vida, próxima, momentos antes, á abandonarme.

—¡Pues no ha de curar V.!—me contestó con voz firme y sonriéndose el doctor Lejía.—Si lo que tiene V. no es más que un coliquillo sin importancia. Pero...

—¿Qué?—dijimos todos llenos de ansiedad ante aquella reticencia

—Nada, no asustarse, señores—repuso el doctor,—quiero decir tan sólo que será necesario sujetar al paciente al tratamiento de que tengo el placer y la honra de ser inventor.

—¡A todo lo que V. quiera!—le contestamos todos.

—Perfectamente; eso me gusta—respondió el famoso Lejía;—y para no perder tiempo, hagan VV. el favor de poner al fuego, con agua, jabón y ceniza, la mayor caldera que tengan VV. en la casa.

—¿Para qué?—pregunté yo con cierta curiosidad, no exenta de temor.

—Que vaya uno de VV. á ejecutar mis órdenes—contestó el doctor, sentándose en una silla, que acercó á la cabecera de mi cama;—y mientras tanto se calienta y prepara la lejía, yo explicaré á VV., porque es necesario que lo explique, y sobre todo al enfermo, antes de aplicárselo, el sistema especial que yo empleo para curar toda clase de cólicos, por rebeldes, formidables y espantosos que sean.

—¿De manera que tiene V. seguridad de curarme?—le dije al doctor con acento alegre.

Por toda contestación, el médico sacó del bolsillo de su levita una cartera de piel de Rusia, la abrió, y consultando una de las hojas del librito de memorias que aquella tenía, me dijo, sonriéndose siempre, como tenía por costumbre:

—Usted hará el número 9.999 de los enfermos atacados de la dolencia que V. padece y que llevo curados por el mismo sistema.

Y añadió, volviéndose á los que le rodeaban:

—Pero qué, ¿no han ido á poner en el fuego la caldera con los ingredientes que he dicho?

—Sí, señor; sí, señor—le contestaron mis cuñadas, saliendo apresuradamente de la alcoba.

Ante aquel acento sereno, ante aquella seguridad con que afirmaba el doctor Lejía la eficacia de su tratamiento, comenzaba á renacer la confianza en todos nosotros, y yo mismo, apesar de que sentía unos dolores terribles, casi me creía curado. Pero, sin saber por qué, tanto mis hermanos como mis primos, como yo mismo, experimentábamos cierta vaga inquietud, cuya causa no comprendíamos.

CONSTANTINO GIL.

(Se continuará.)

DEL NATURAL

Se levanta el telón pausadamente para calmar al público impaciente...

¡Chist! ESCENA PRIMERA.

La señora Marquesa. El secretario.

—¿Puede usted empezar?—Cuando usted quiera.

(Al dictado)—«La anciana y virtuosa Marquesa del Peral, doña Rosario...

(Aparte.) (Lo de anciana es una cosa que hace siempre un efecto extraordinario) caritativa, amable y bondadosa...

(sentiría olvidar algún detalle)

que al salir á la calle

va sembrando de flores su camino,

hoy, después de la misa y la novena

ha dado tres pesetas, con destino

al templo en construcción de la Almudena.

Después ha visitado la guardilla

de un infeliz manguero de la villa,

estudió su miseria y sus apuros,

y recogiendo muchas bendiciones

dejó á la pobre esposa cuatro duros.

Esta clase de acciones

inundan de placer los corazones.»

—Corazones... ¡Ya está!—Perfectamente.

(Con malicia inocente:)

—¿Firma usted?—¡No, señor! Eche la cuenta;

¿cuántas líneas tendrá, próximamente,

de la letra de imprenta?

—Doce ó trece.—De modo

que á seis pesetas una, importa todo...

—Catorce ó quince duros.—Bueno, veinte,

por si acaso se pasa de lo justo.

¿Va usted á hacerme un favor?—Con mucho gusto.

—Y perdóneme usted esta licencia.

Tomé usted la berlina

y vaya usted á escape á la oficina

de *La Correspondencia*

á que vea la luz en cualquier plana,

pues me es indiferente

la edición de la noche ó la mañana.

—Señora, seré activo.

(¡Bonita comisión!)—¡Ah! Dan recibo.

SINESIO DELGADO.



Señores administradores de periódicos:

El corresponsal de Segovia á quien tuve el honor de aludir en el número próximo pasado, por ver si se ablandaba y cumplía como un caballero remitiéndonos el dinero que nos debe, se llama D. Abelardo Fernández.

Sabedlo, vecinas; y huid de él como del fuego.

Porque inútil es añadir que sigue sordo.

Conque *guarda é pasa*.

Que yo, aunque tarde, me guardo del señor don Abelardo.

✱

Los Sres. de Trabado dieron un banquete á los íntimos, celebrando el cumpleaños del dueño de la casa.

El primogénito, que es goloso como él solo, así que hubo tomado el dulce, se puso á lamer el plato.

—¡Chiquillo!—gritó la mamá—¡no hagas esas porquerías!

—¡Pues tú bien las haces cuando no hay nadie delante!

✱

La función dramática que dieron los sargentos de ingenieros en el teatro de Variedades el día 29, fué una cosa notable. Y no lo digo por el gusto de dar bombo.

Las dos señoritas que tomaron parte en ella, una de las cuales es alumna del Conservatorio, representaron sus papeles á maravilla, y los tres caballeros cumplieron bravamente, mereciendo especial mención el Sr. Gil. Obtuvieron muchos y merecidos aplausos, y ¡ya quisieran llegar á su altura muchas compañías de las que estrenan obras y todo!

La velada fué deliciosa; la banda de ingenieros... ¿qué necesito decir de la banda? y la concurrencia... superior. ¡Como que estos militares han acaparado las mujeres más bonitas de España!

A la salida daba gusto ver la plazuela de Antón Martín.

¡Ah! y observé una cosa:

Que se notaban en los grupos tendencias á la formación.

✱

Pero, hombre; ¡que todos los días ha de presidir alguna reunión el Sr. Galdo! ¡Es fuerte cosa!

✱

—¿Por qué te casas, Vicente,

con Pepa? ¡Vaya un capicho!

—Hombre, porque ella me ha dicho

que no tiene inconveniente.

✱

Un periódico anuncia *varias bodas distinguidas*.

¡Vamos! Eso es que hay bodas *cursis*. Desde que me he enterado, sentiría morir perteneciendo á la clase media.

¡Porque no se pueden VV. figurar lo que me fastidia la idea de no tener una agonía *distinguida*!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A uno que desea suscribirse.—Madrid.—Pues verá V.: A los suscritores de Puerto Rico se les regaló el *Madrid Político* como á todos los demás, que me parece que no es poco. Y la suscripción cuesta 15 pesetas al año. ¡Ni un céntimo menos!

Sr. D. A. C.—Madrid.—No está mal; pero hombre, deje V. esas muletillas de los pies forzados. Trabaja V. doble y le luce menos.

Sr. D. C. N.—Zaragoza.—Es malo, ¿sabe V. por qué? Pues porque todos los versos son muy forzados también.

Sr. D. B. Ch.—Madrid.—Es justicia. No entré porque no sabía que me esperaban VV. ¡Pues si yo me entero de que allá dentro había amigos y botellas!

Sr. D. P. L.—Madrid.—Publicables; corrigiendo algunas cosas un poco fuertes.

S. D. M. G.—Madrid.—Se publicará.

MADRID, 1885.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa Libertad, 16 duplicado, bajo

LA ARCADIA DEL RETIRO



Y diran todavía que no hay amores castos en el día!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
 Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en provincias no se admiten por menos de seis meses.
 No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, pral.

DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

MADRID POLÍTICO

REGALO A LOS SUSCRITORES

MADRID CÓMICO

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

7, MAGDALENA, 7, ENTRESUELO

LA CONFIANZA

EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes á medida, lencería, camas, colchones, colchas, mantas, mantones, muebles y otros muchos efectos. Todos los géneros son superiores, y precios baratísimos, á lo que debe esta casa el gran favor que el público la dispensa. En las ventas al contado precios sin rival.

AL POBRE DIABLO

14, DESENGAÑO, 14

Casa especial en calzado de caballero por lo elegante en la forma, y por su mucha economía.

PEINETAS DE NOVEDAD EN CELLULOIDE

Es una pasta que sustituya ventajosamente á la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son *inrompibles*. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Flores, Carmen, 1

COMPañía COLONIAL PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

CHOCOLATES ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO

DE

LUIS BRAVO Y PEÑARROCHA

Desengaño, 14, y Carbón, 7 — MADRID

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos litográficos con perfección y economía.